



SOCIOLOGÍA

Sección española

FÓRMULAS

Estamos rodeados de ellas por doquiera y para todos los actos que hemos de ejecutar. Vivimos sólo una vida formularia, que es tanto como decir artificiosa y falsa, una vida enteramente apartada de la fuente fecunda de verdadera vida: la naturaleza, la realidad natural. La gran mayoría de los convencionalismos sociales que nos rodean y contra los que han comenzado á protestar ciertos espíritus independientes; las «mentiras convencionales», que forman se puede decir el ambiente en que tan á gusto se mueven los optimistas *laudatores temporis acti*, no proceden de otra cosa sino del valor que damos á las fórmulas, en vez de dárselo á las cosas que estas quieren representar. La fórmula es el cascarón, la envoltura que segrega y arroja un cuerpo vivo, la piel ó «camisa» de la culebra; nosotros, en vez de utilizarla mientras sirve, mientras se halla adherida al organismo de que es un producto, solemos empeñarnos en reconocerle virtualidad propia y en preferir el vestido al cuerpo, cuando entre ellos deja de haber correspondencia y adecuación.

Algunos ejemplos tocante á relaciones sociales de diferente importancia lo aclararán.

Cuando marchan por una misma calle varias personas en dirección contraria, si la acera es estrecha, no pueden todas pasar por ésta, y alguno de los transeúntes tiene que ceder el mejor lugar á aquél con quien se encuentra y bajarse él al arroyo, so pena de sobrevenir choques violentos, como el de que da cuenta Manzoni en *Los novios* y que determinó el ingreso en religión y la conversión en fraile de un asesino. Una especie de pacto tácito ha hecho que el uso de la acera corresponda al que marcha tocando con su diestra al muro. Pero á veces, cuando por algún motivo queremos demostrar nuestro respeto, nuestra galantería, etc., á una persona, al tropezarnos con ella llevando nosotros la derecha, le cedemos la acera, para que en lugar de ser esa persona la que se lastime los pies con el mal piso, seamos nosotros. Hasta aquí las cosas van bien, la fórmula de la cesión de la acera tiene un valor innegable, porque tiene contenido, sustancia, fundamento de hecho. Mas nosotros solemos ir más allá y respetar, por rutina, la fórmula aun

careciendo de este fundamento: pues ocurre con frecuencia suma que dejamos la acera sin necesidad, esto es, sin motivo, cuando ella es lo bastante ancha para que ambos los caminantes puedan al cruzarse seguir por ella y no pisar en el suelo desigual del arroyo.

Es una condición que la Iglesia católica ha establecido para que sus fieles comulguen, la de que el individuo que ha de recibir en el suyo el cuerpo de Cristo no tenga en el estómago ningún alimento con el cual pudiera mezclarse y contaminarse el pan espiritual. Claro está que para ello hay un medio de eficacia radical é innegable, que es estar en ayunas, y para estar en ayunas no hay mejor medicina que no comer. La misma Iglesia ha considerado que al efecto bastaba guardar el ayuno desde el día anterior á aquel en que ha de acercarse á la sagrada mesa de los ángeles quien desee santificarse con el sacramento de la Eucaristía. Lo general es que los católicos se hayan quedado con la fórmula, con el precepto seco, sin cuidarse de su sustancia ó base, y por eso, mientras no tomarían un sorbo de agua después de las doce de la noche anterior á la comunión, aun cuando ésta hubiera de verificarse á las once ó las doce del día de que se trate, cuando, por lo tanto, el que recibe el manjar eucarístico se hallara «en canal», no les importa atracarse de toda suerte de manjares minutos antes de las doce referidas, aunque á las dos horas ó menos vayan á tomar la hostia.

Las leyes todas que pretenden hacer la felicidad de los súbditos de los Estados no son otra cosa que fórmulas, fórmulas que presumen y debieran responder á situaciones reales; que contienen en potencia, según suele decirse, todos los casos efectivos que han servido de materia contemplable, representable al legislador para formar la generalización en que la tal fórmula consiste, todos los hechos posibles á que ha de aplicarse la regla formulada para que la justicia se cumpla. Así acomodada á la vida, á las relaciones sociales, á las necesidades sociales, la ley tiene un contenido, un fundamento, la *ratio legis* que dicen los juriscultores; es la piel escamosa unida todavía al cuerpo del ofidio. Pero muy pronto se separa de él, porque el plexo de las relaciones sociales está, lo mismo que todo cuerpo vivo, en continua variación, en tanto que la ley, fórmula cristalizada, no suele variar. Y cuando el divorcio entre la ley y la vida se produce (es decir, siempre, porque en el momento siguiente de haberse dado aquélla, es ya vieja, inadecuada, injusta por tanto), los celosos custodios de la primera, los legistas, verdadera peste negra, estimando que la fórmula tiene un valor propio y sustantivo, exterior y superior á la vida, la defienden á toda costa, y aun cuando la ley haya perdido toda su virtualidad esencial, toda su *ratio*, la tienen ellos por expresión de la justicia y por encarnación del orden cuyo mantenimiento les está encomendado. Entonces es cuando vienen aquellas sentencias: *durum, sed lex; ubi lex non distinguit nec nos distinguere debemus; fiat justitia et pereat mundus*; «la ley y su cumplimiento ante todo y sobre todo, etc.»; entonces, cuando comienzan á hacer las consabidas abstracciones para aplicar la ley, no á Fulano ó Zutano, seres reales y en vista de su peculiar posición y estado, sino á A. ó B., importando poco que A. ó B. sean el moro Muza ó Perico el de los Palotes; entonces, cuando no saben despegarse del texto legal y á él lo subordinan todo, denegando justicia á aquellos á quienes no protegen expresamente las leyes, persiguiendo como delincuentes á los que no acomoden por completo sus actos á las prescripciones de éstas, aunque si uno se fija en ellas vea lo absurdas y contrarias á las exigencias reales que son, etc.

Uno de los órdenes en que mayor predominio han llegado á adquirir las fórmulas, es el orden llamado científico; como que la mayor parte de las veces, decir ciencia equivale á decir serie ó conjunto de fórmulas. Lo que lleva el nombre de investigación científica no ha sido en su origen, ni debiera ser jamás, otra cosa que indagación de los fenómenos y de las relaciones reales, para conocerlos el hombre y someter consiguientemente á su servicio y á sus designios finales las diferentes energías que ha logrado conocer. De suerte, que no parece posible haya otra fuente científica más que la realidad misma, ni la ciencia puede ser sino un registro donde se van anotando las observaciones hechas, á modo de un Diccionario en que se consignan las voces en uso y los significados que se le dan. Pero ni el Diccionario es la lengua ni es él el que enseña la lengua, sino el pueblo que la habla y que la forma (lo cual se olvida á menudo, v. gr., cuando para saber si una palabra es castiza se recurre al Diccionario, á la piel separada ya de la culebra, no al pueblo que de la lengua se sirve, al cuerpo vivo), ni al registro en que se van anotando y guardando las observaciones hechas sobre los fenómenos reales ha de dársele más valor que el que tiene, un valor provisional, rectificable, sujeto á revisión tan luego como nuevos datos ó más detenida investigación demuestren que los consignados antes no son exactos, ó que, habiéndolo sido en otro tiempo, han dejado ya de serlo por haber habido cambio en las condiciones objetivas. Por eso los tales registros (los libros, los hombres de estudio) no son ni representan la ciencia en el sentido que regularmente se dice (como los depositarios de las verdades inmutables, algo así á manera de oráculos, cuyas decisiones hay que acatar respetuosamente): son no más que arsenales, almacenes de fórmulas que un día valen y que al siguiente no pueden ni deben valer ya; y por eso, en lo tanto, no es lícito erigir, como ocurre muy á menudo, á los libros y á los que los hacen y estudian, en maestros infalibles, en representantes de la ciencia. No hay más maestro que la realidad, las cosas. Mas todo esto se olvida con harta frecuencia: separando la fórmula de su propio contenido, se personifica la ciencia en los almacenes de fórmulas, en los libros y en los que los estudian, constituidos por lo mismo en oráculos indiscutibles de la verdad; se erige en maestra á esa personificación, dando con ello origen á las frases que á todas horas estamos oyendo, de la «ciencia enseña» (por «tal libro enseña», cuando quien enseña no son los libros, sino las cosas); «tal clasificación no es científica» (con lo que quiere indicarse que no se acomoda á la fórmula de tal ó cual libro ó estudioso de libros); «la ciencia ha dado en quiebra», «la ciencia ha agotado todos sus recursos y no ha podido salvarle», «los medios que la ciencia aconseja son tales y cuales», y otras á este tenor; se establece una línea divisoria bien acentuada entre los hombres de ciencia, las regiones de la ciencia, los conocimientos científicos (los hombres que leen los libros que sirven de registros á las fórmulas, los lugares destinados al aprendizaje de unas y otros, los conocimientos adquiridos en dichos lugares), y los hombres, las regiones y los conocimientos vulgares, que andan por el mundo y se rozan únicamente con él y sus impurezas: línea divisoria tan marcada, que un mismo organismo ó conjunto de conocimientos se llama ó no científico, según quien lo posee y según donde lo haya adquirido (v. gr., en la Universidad ó fuera de ella), y aunque no se dé, por lo demás, entre ellos otra ninguna diferencia; y se originan esos divorcios tan corrientes (y que sólo de esta manera se explican) entre la teoría y la práctica, entre lo que se llama la ciencia y la vida real, di-

vorcios que, ya se sabe, hay que deshacer, según los científicos, sometiendo esta última á la primera, el cuerpo al lecho de Procusto preparado de antemano por la ciencia, porque no hay que pensar en que ésta, pura, excelsa, nobilísima, immaculada, haya de rebajarse á ser esclava de la vida real, tosca, plebeya, manchada de impurezas.

Los ejemplos de la desarmonía á que nos venimos refiriendo, y cuyo resultado es el imperio tiránico de las fórmulas como reguladoras de nuestra conducta, podrían multiplicarse indefinidamente; pero con los anteriores creo que basta para que se perciba bien el fenómeno.

El cual se explica por nuestra invencible propensión á la inercia mental, lo mismo que á la inercia física. Si nos encontramos con juicios hechos, que nos ahorran el formarlos por nosotros mismos y nos sirven de norma para el obrar, tanto mejor; si el jurista halla en la fórmula de la ley la manera de resolver sin trabajo los problemas que se le ofrecen, buena gana de andar buscando la justicia en la disposición natural de las cosas, que exige una observación y un esfuerzo más ó menos largos hasta encontrar la norma particular que cada hecho debe tener; si me encuentro en un libro, que leo cómodamente, y que, una vez aprendido, no requiere trabajo ulterior, las soluciones que necesito para hablar en nombre de la ciencia, buena gana de andarme rompiendo la cabeza en buscarlas yo mismo ó en depurar la exactitud de las que el libro me ofrece: mejor es tenderme á la bartola y cobrarme los buenos miles de pesetejas que el Estado me paga, aunque yo no gano, que no exponerme á caer enfermo por causa del trabajo intelectual, y á la postre morir temprano, como le sucedió á mi compañero el Sr. X.

Sólo que esto no es, me parece á mí, vida propiamente humana. La cual exige, creo, regirse los hombres cada vez más por sus propias ideas y por los juicios hijos de su propia reflexión; ser cada vez menos idiotas; disolver los instintos y los sentimientos, diría Guyau; descansar lo menos posible en los juicios ajenos y en las ideas recibidas, en las fórmulas; hacer valer nuestra personalidad en todo caso y momento, en vez de renunciar á ella para conducirnos como bestias de carga, como animales dominados por el instinto, ó como simios imitadores; establecer, en suma, el reinado de la idea y de la actividad mental, desalojando el de la pereza y el de la actividad rutinaria y puramente afectiva.

P. DORADO.

PARA LA HISTORIA DE LAS TEORÍAS "LIBERTARIAS"

Conocido es el célebre pasaje de la *República*, de Platón, en que viene á declarar que la ley es innecesaria para el hombre educado; y se burla de querer suplir la falta de esta educación y de sentido interno, que es su fruto, formando reglamentos sobre reglamentos, añadiendo correcciones sobre correcciones, con que no se logra sino complicar y empeorar la enfermedad, «cortando las cabezas de la hidra». También en las *Leyes* reputa vergonzoso suponer que haya hombres tan malvados, que el legislador tenga que dictar leyes para contenerlos. Natu-

ralmente, todas estas afirmaciones son luego atenuadas, pero quedan siempre como signos de un cierto ideal.

Ahora, nuestro fray Luis de León, como platónico que es, comenta el pasaje de la *República* y abunda en su sentido, en sus *Nombres de Cristo*, considerando que la ley es cosa imperfecta, por ser monótona y «terca», no viva; por oposición á la gracia, viva y atractiva (no meramente intelectual como aquélla), individual, en suma, para cada caso y sujeto, flexible. «Tratar con sola ley escrita—dice—es como tratar con un hombre cabezudo, por una parte... y por otra, poderoso... La perfecta gobernación es de ley viva».

Repárese que éstas son precisamente las faltas que suelen poner muchos anarquistas á la legislación, v. gr., uno de los libertarios más famosos norteamericanos, Fulton. Tan claro es que no hay salvación contra el anarquismo, desde que se ve en el derecho un sistema de protección, restricción y defensa (contingente) contra la maldad, de cuya posibilidad sólo depende y sin la cual no existiría un momento, ni su órgano de poder y fuerza, el Estado. En lo cual coinciden más ó menos, lo mismo Kant, con su principio de la defensa de la libertad de cada individuo contra las agresiones de los demás, que Stahl, al derivar derecho y Estado del pecado original. Recuérdese que Stirner, Nietzsche y otros ultraindividualistas descienden nada menos que del gran Fichte, y que otros se apoyan en Spencer (con gran desazón de éste, por cierto).

Muy otra cosa piensa Santo Tomás, que admite ley, gobierno y jerarquía, aun en el estado de gracia é inocencia; como igualmente Balmes. Otros dos pensadores de la escuela teológica, bien distantes en lo demás, De Maistre y Lamennais, coinciden en el concepto liberal de la restricción del Estado: para el primero, el término del progreso es la supresión del gobierno; el segundo prefiere como sistema político el europeo, «de la libertad», en que «el gobernante es lo menos gobernante posible, y el gobernado lo menos gobernado».—El sentido de nuestros místicos, expresado por el maestro León y que tiene cierta analogía con el de Tolstoy, inspira más ó menos á uno de nuestros pensadores más personales, Unamuno. En uno de sus recientes artículos insiste en que la autoridad fecunda es la «autoridad interior y no impositiva»; en la necesidad de «combatir sin tregua la institución militar», y en el «anarquismo especial», característico de nuestro pueblo, «anarquismo de resignación activa, que en nuestros místicos comprendió con el Apóstol que *la ley hace el pecado*» (1).

Ocioso sería notar que no es lo mismo negar la legislación que el derecho. Aquélla es un fenómeno contingente, que ha tenido principio en el tiempo, y sin el cual, quizá, ha podido y puede vivir una comunidad social (v. gr., en los periodos primitivos de su vida, en que reina exclusivamente (?) la costumbre); mientras que el derecho es una propiedad esencial del hombre, que no puede faltar ni ha faltado jamás en la historia, aunque se la reconoce y cumple de muy diversos modos, según el tipo y el grado de civilización de cada sociedad y cada individuo.

Otro ejemplo (no ya respecto de la legislación, sino aun del derecho mismo, confundido con ella) de ese parentesco necesario entre la concepción jurídica ne-

(1) *Renovación* (en *Vida Nueva*, Julio del 98). A este escritor debo el haber hallado el indicado sentido en los *Nombres de Cristo*.

gativa y el anarquismo, lo presenta uno de los filósofos que actualmente atraen más la atención, y al cual el propio Petrone da gran importancia: Schuppe, fundador con Rehmke, Schubert-Soldern y otros, de la llamada «filosofía inmanente», especie de idealismo á lo Berkeley. Dice: «La comunidad de la vida no ocasionaría ninguna ulterior investigación, si todas las exigencias de la ética fuesen llenadas sin excepción, ó siquiera aproximadamente, por todos los individuos... si existiese lo quiera tal fuerza espiritual... que dominase en absoluto á la sensibilidad... si no hubiese intereses egoístas; sino que cada cual sólo procurase la salvación del prójimo, ó al menos fuese para él imposible perjudicarle á sabiendas... Derecho y ley son superfluos, y hasta absurdos, donde en absoluto imperan un conocimiento y un amor igualmente perfectos. La comunión de la vida sería entonces ilimitada; la inclinación y las condiciones naturales externas fundarían pequeños círculos de comunión amorosa y mutuo auxilio... no habría Estados, con sus límites. Dejemos esta utopía para venir sencillamente á la conclusión de que el derecho y el Estado son formaciones que dependen esencialmente de que la perfección moral... no se ha alcanzado todavía, pero debe alcanzarse.»

En todo lo que antecede se habla, naturalmente, del anarquismo que podría llamarse «de cátedra», que es una doctrina, exacta ó inexacta, acertada ó errónea, y tan respetable como cualquiera otra. Sobre que este nombre se suele aplicar—á veces por sus mismos autores—á teorías bastante heterogéneas, obsérvese que ni siquiera la «negación del Estado» (y mucho menos el concepto que se quiere significar con esta palabra), negación que se estima su característica más indudable, tiene siempre idéntico sentido; compárese, v. gr., á Bakunin con Kropotkin y á ambos con Wille...

Por esta vaguedad, quizá, hay en general una tendencia en los hombres «intelectuales», teóricos y de estudios, así como en los estéticos, poetas y artistas (muchos de los cuales suelen ir al anarquismo por cierta superstición de la originalidad), y hasta en los hombres «de acción» y revolucionarios, á ir dejando el nombre de «anarquistas» á los autores de atentados criminales, con quienes los más de ellos rechazan toda participación, y reservarse para sí el de «libertarios». En el periódico de Juan Grave, *Les Temps Nouveaux*, se ha podido ir siguiendo esta tendencia, nacida acaso en los Estados Unidos (Tucker, Steinle, Fulton, etc.). Wille cita la frase de Ibsen (bien exacta, en verdad, bajo muchos respectos) de que «donde hay que hacer la revolución, es en las cabezas», es decir, en los espíritus; no, pues, en las barricadas, ni en los campos, donde está ya bien duramente probado—¡y no digamos en España!—que las revoluciones, como tales revoluciones, sólo siembran dolores, desdichas, odios, salvaje atavismo, para recoger (á pesar, y no á causa, de esa barbarie, como en las guerras acontece—otro crimen) algunos frutos que se habrían obtenido por otros caminos, y probablemente con más rapidez, si se tiene en cuenta las oscilaciones de acción y reacción que toda violencia trae consigo.

Pero, por su trágico aparato, las revoluciones imponen y amedrentan, y nos parece que trituran las entrañas del mundo, cuando apenas arañan la superficie. La sangre de esos arañazos (que es sobre todo la de la eterna carne de cañón de la «plebe») corre por todas partes, y todo lo oscurece y nos ciega. No nos resignamos á tener por estéril, cosa que tanto cuesta y hace tanto ruido; y le atribuimos cándidamente milagros, que nadie puede hacer, y ella menos que nadie. En los

días críticos en que se acentúan el tedio, la vergüenza, el remordimiento de esta vida actual de las «clases directoras», arrancada hasta donde cabe de su comunicación universal, confinada en un zaquizamí, sin ideal, seca, vulgar y sin sustancia, es más cómodo para muchos pedir alborotados á gritos «una revolución», «un gobierno», «un hombre», cualquier cosa, que dar en voz baja el alma entera para crear lo único que nos hace falta: un pueblo culto.

FRANCISCO GINER.

Los Pequeños Esclavos

Hay pequeños y grandes esclavos. Son pequeños los que se esclavizan por cosas deleznales, por dinero, por la habitación, por fútiles servicios; y son grandes los que se esclavizan por el consulado, por el gobierno de una provincia. Observa delante de tí algunos que aparecen rodeados de pomposos honores, y son mucho más esclavos que los demás.

EPICTETO.

I

Es esclavo, se ha dicho, el hombre que no se determina á obrar por el impulso de su voluntad. Pero es preciso fijar el significado de los términos para que se vea la inexactitud de este concepto.

No hay en el mundo quien se libre de la sugestión ajena: aprendimos á hablar imitando á los que nos rodeaban, nos ejercitamos en la deambulacion por el mismo procedimiento y formamos nuestras ideas, sentimientos y voliciones bajo la influencia inevitable del ambiente social: en este sentido todos somos esclavos, porque nadie obra impulsado por su soberana voluntad.

Pero, al mismo tiempo, posee el hombre la facultad de inhibición, influida más ó menos directamente por el medio exterior, y nadie se determina á obrar sin que intervenga en ello su voluntad, en el sentido de renunciar al poder de abstención. Un tirano te amenaza con la muerte si no quieres andar, pero si tu *voluntad vencida* no ordena á los nervios que comuniquen á los músculos la orden y fuerza de andar, es indudable que el tirano fracasará. Parece, pues, que considerada la cuestión de esta manera todos somos libres. Y sin embargo, este último esfuerzo puebe ser sugerido por un elemento externo.

Todo acto racional tiene dos momentos esenciales: la idea y la ejecución. Según Bernheim toda idea es un acto que comienza (1). Nuestro cerebro elaboró una idea que se impuso á todas las demás, y dió lugar á lo que llamamos motivo de

(1) Levi en su *Education Rationel de la Volonté* (Paris, 1898), desarrolla este principio y lo toma por base de su psicoterapia.

la acción; pero el motivo no se convierte en acto hasta que, poseída la voluntad (1), transmite á los nervios la energía necesaria para que los músculos se contraigan. Un abúlico sabe perfectamente que le conviene hacer ejercicio; pero no encuentra en su cerebro enfermo la energía necesaria para determinarse á ello. En cambio la sugestión ajena puede salvarle.

La inmensa mayoría de los psicólogos admiten que la *heterosugestión*, la influencia del medio, cabe en los dos momentos de la idea y del acto. Podrá asegurarse que en la acción racional existe siempre, más ó menos modificada, la influencia externa. De lo cual deduzco que un concepto eminentemente espiritual como el de *esclavitud*, debe buscar su explicación más bien en el terreno ético que en el fisiológico. Sería difícil en este último sustraerse á la conclusión de que todos somos esclavos.

Otro error popular consiste en limitar la esclavitud al concepto de institución social mantenida y regulada únicamente por la ley. Según este criterio, la esclavitud no existe en los dominios españoles desde que se abolió la que subsistía en las Antillas. Siendo la misma la institución, se confunden en el mismo concepto los esclavos antiguos y modernos; y lo que es más lamentable todavía, se desconoce el fenómeno humano que pudo servir de base á la esclavitud, la miseria psíquica que permitió la existencia de la institución, y que ha subsistido al desaparecer esta última.

De esa indigencia quiero hablar: Diógenes fué esclavo de un Marqués de Comillas de su tiempo; Epicteto lo fué de un cierto Epafrodita contra quien se dirige varias veces en sus máximas; Xenócrates, el más notable discípulo de Plutón, lo fué también, y sin embargo en la inmensa mayoría de nuestros hombres libres buscaríamos en vano la firmeza de carácter, la indomable energía de la voluntad que les ha hecho inmortales. En cuanto á riqueza, bueno es recordar que algunos esclavos al servicio de los emperadores llegaron á acumular grandes fortunas, y en lo tocante á representación social, demos la palabra al sabio Friedlingner (*Vida íntima de los romanos*):

«Un liberto de la casa imperial que acababa de obtener la libertad, después de haber aburrido con incesantes y groseras chanzas á un filósofo que se encontraba entre los convidados, acabó por preguntarle en qué consistía que las habas negras y las blancas producían una harina amarilla.

—Es por la misma razón, replicó el sabio, que las correjuelas blancas y las negras producen cardenales.»

Esta energía de voluntad, esta riqueza y este orgullo compatibles con la esclavitud antigua, nos hacen pensar en el espejismo de las palabras. Una misma palabra ha significado cosas muy distintas en diversos tiempos, y debemos precavernos contra la propensión vulgar á desconocer tal espejismo. Lo mismo podemos decir de las leyes: siendo su letra la misma tienen distinto alcance según el medio social en que se plantean. Leyes que en nuestro tiempo representarían una repugnante tiranía, pudieron, sin embargo, ser en otros tiempos generosa consagración de la libertad social.

Dejemos, pues, estos conceptos de esclavitud, y busquemos su significación en esa indigencia espiritual que ya he mentado antes.

(1) La índole del trabajo impone la necesidad de sustituir el tecnicismo científico por el vulgar. Lo que aquí llamamos voluntad no es una entidad anímica independiente, sino un momento de la ideo-acción.

II

No he visto concepto de esclavitud más justamente expresado que el de los estoicos. Epicteto decía que existen bienes que dependen de nosotros mismos (nuestras opiniones, nuestros movimientos, nuestros deseos, nuestras inclinaciones y aversiones, etc.), y bienes que no pueden reconocer tal dependencia (el cuerpo, las riquezas, la reputación, las dignidades, etc.). Los primeros son bienes libres por su naturaleza: nadie puede oprimirlos, ni oponerse á su goce; los últimos son esclavos, débiles, sujetos á mil obstáculos é inconvenientes totalmente extraños.

Y añade: «Recuerda que si tomas por libres las cosas que naturalmente son esclavas, y tienes por tuyas las que dependen de otros, encontrarás obstáculos en todo; vendrá aflicción sobre tí, y te quejarás de los dioses y de los hombres; mientras que si tienes por tuyo lo que no te pertenece, y por ajeno lo que es de otros, nadie podrá obligarte á hacer lo que no quieras, ni te impedirá hacer lo que deseas: de nadie te quejarás, ni acusarás á los otros, ni harás nada apesar tuyo...»

Es, pues, esclavo todo aquel que apetece algo que no depende de sí mismo. Feroz ideal de virtud el que se encierra en esta sola línea. ¿Quién de nosotros no tendrá en su alma algo de esclavo? ¿Cuáles son, pues, los hombres libres?

Es preciso detenernos un momento aquí, delante de estas palabras dolorosas. Una ligera reflexión nos animará á seguir adelante. Acabamos de dar el concepto *absoluto* de la libertad moral. Pero en el ambiente *relativo* de nuestra vida, dentro de los límites de nuestra imperfección, lo absoluto cabe sólo como ideal de la existencia, pues no se ha dado nunca en la realidad. Es una locura buscar la verdad absoluta, la belleza absoluta, el bien absoluto dentro de la vida: el hombre osado que se atreva á ello, caerá infaliblemente en un escepticismo desconsolador.

Cuanto más nos acerquemos al ideal de libertad, tanto más libres llegaremos á ser; cuanto más nos alejemos de él, tanto más caeremos en la esclavitud. El hombre que apetece menos los bienes que no dependen de él, será el hombre más libre; el miserable que, despreciando los bienes propios, aspire solo á obtener los ajenos, éste será esclavo.

Y así en nuestra civilización, ampulosamente llamada democrática y libre, los esclavos pululan por las calles, arrastrando con orgullo repugnantes cadenas. La miseria psíquica vilipendia la verdadera libertad; los harapos cubren el cuerpo deleznable y le prestan una mentida pompa aristocrática; la túnica sencilla é inmaculada aparece como estigma del miserable. Razas de esclavos persiguen con su desprecio á los hombres libres, y éstos se esconden temerosos de su propia grandeza.

III

Los que inspiran quizás más compasión, son los pequeños esclavos. Para estos ha de ser principalmente nuestro amor, porque sólo el amor del prójimo puede redimirles. Son tan poca cosa que ni siquiera llegan á ser malos. No apetece gloria, ni fortuna: sus almas nimias, simples, minuciosas, se entregan á la primera sugestión que se ampara de ellas.

¿Quién no ha conocido en las ciudades populosas alguno de esos infelices que se hicieron esclavos de sus cabellos? No logrando distinguirse por otra cosa, un día se les ocurrió peinarse de un modo estrafalario, y el éxito momentáneo de la

tentativa les alentó á proseguir la maniobra hasta que un día quedaron cogidos para siempre. No hace muchos años abundaban las cabezas rizadas á la italiana, el cabello hacia atrás, algo enrespado y en desorden. Nadie habrá olvidado todavía la infinidad de víctimas que originó la luchana de cierto general. He conocido en Cataluña á muchos infelices que figuraban en el partido posibilista por sugestión de fisonomía (el bigote principalmente) parecida á la de Castelar. El tupé de Sagasta no cabe duda que le ha proporcionado bastantes adeptos. Hay individuos en quienes una enérgica actividad en las glándulas sebáceas ha determinado la formación de bíblicas barbas y cabelleras que han influido mucho en la vida patriarcal de sus víctimas. Y ahora causa estragos el modernismo con la extravagancia que ha introducido en el peinado.

Los nombres pueden convertirse también en autosugestión del tipo histórico que recuerdan. Si bien aquí deben tenerse en cuenta dos cosas: que los nombres más comunes no ejercen influencia ninguna, y que los nombres estrambóticos suman cierto desequilibrio en quien los pone, desequilibrio familiar que crea al infeliz perjudicado un medio social que á veces subsiste largo tiempo. De todos es conocida la obsesión vulgar que ciertos nombres hacen pesar sobre quien los lleva. He tratado á un pobre librepensador que intentó poner un nombre muy extravagante á su hijo. Otros nombres pomposos, graves ó femenistas, imponen á ciertos individuos una *pose* tenaz, una especie de farsa que acaba por envenenar el espíritu. No quiero poner ejemplos que podrían herir susceptibilidades, cosa muy ajena á un trabajo de vulgarización científica.

Estas observaciones, escogidas entre los casos más comunes, sugerirán á mis lectores un gran número de casos conocidos. Tal hombre verá muy bueno, simpático y tratable, que al ser nombrado presidente del comité se despoja de sus buenas cualidades y las sustituye por un empaque y afectación que acaban por contagiarle el alma. Hay individuo muy amable en la calle, humilde en la cesantía é intratable en la oficina del ministerio. Todos estos que véis graves y finchados, contestando á los contribuyentes con estúpido aire de superioridad, encastillados detrás de la mesa escritorio de la oficina, les veríais doblando el espinazo, riendo imbécilmente, deshaciéndose en reverencias acanalladas si por allí acertara á pasar algún ministro.

En una de esas almas nimias puede producir estragos una idea demasiado grande para ellas. El espiritismo y el hipnotismo, con sus fenómenos tan indubitados como sorprendentes, han corroído de un modo feroz muchos espíritus limitados. El hombre antes plácidamente alegre y expansivo se ha vuelto grave, misterioso, reservado: sus afectos, sus ideas, sus aficiones han sido roídos por el gusanillo insaciable, y ha sustituido á todo esto una extravagancia vacía originada por la desproporción entre la indigencia del espíritu y la magnitud de la idea. La masonería produjo en sus buenos tiempos muchos trastornos psíquicos, y así mismo el librepensamiento y otros ideales más elevados han causado sus víctimas, esclavos de las ideas que su cerebro no pudo digerir. Lo que se ha de combatir es la corriente que hace responsables de estos trastornos á las ideas que los *determinaron* solamente, pues su verdadera causa está en la organización social que fomenta la pobreza de las almas.

No se saquen de este trabajo consecuencias contrarias al criterio del autor: todas estas sugestiones dominan únicamente á los espíritus pequeños. Hombres

notables por la energía de su voluntad y por la fuerza de su talento, creyeron conveniente embellecer su faz con peinados extravagantes y estéticos; un nombre augusto puede proporcionar á un alma grande una indudable fuerza de emulación; la representación social fortalece las almas heroicas, y las ideas pueden levantar al hombre hasta hacerle sentir la belleza del sacrificio.

Tampoco me refiero aquí á los diversos problemas psicológicos que tales hechos pudieran suscitar. Mi solo objeto es fijar la atención en la facilidad con que ciertos espíritus limitados se entregan á la esclavitud de las más pequeñas sugestiones. Entre los hombres que Epicteto señaló como esclavos no han optado por la fortuna, no han apetecido la salud del cuerpo, no han aspirado á una gran representación social. A unos les cautivó una *pose* que supusieron estética, á otros la idea que la sociedad formara de ellos, á los últimos una influencia espiritual que encadenó su inteligencia. Y todos fueron impulsados en último término por lo que Epicteto llamó la reputación. El concepto en que deseaban que les tuvieran los demás.

El que por medio del peinado tomó el aspecto de artista italiano, se sugirió lentamente á sí mismo un cierto desorden en la vida, un *dilettantismo* impresionable y un desprecio por gran número de cosas útiles: el que tuvo la desgracia de sentirse halagado por su parecido físico con un grande hombre, martirizó su alma para someterla á la imitación de las pocas cualidades groseras de su ídolo, únicas que fué capaz de observar; el pobre que creció con la obsesión de un nombre extravagante fué modelando sus aptitudes, torciendo sus naturales inclinaciones, ahogándolas bajo el disfraz que no podía menos de fingir; los funcionarios, presidentes, y demás infelices que se encuentran en el mismo caso, sucumben bajo la impresión de lo que el cargo representa; y los que son víctimas de sus ideas caen en esta suerte de esclavitud, conocida con el nombre de fanatismo.

Unos y otros desconocen la miseria de su estado anímico: ignoran que se han hecho esclavos de su pequeñez, y miran con cierto orgullo hierático las cadenas con que una innoble sugestión les trincó el alma. Si son pobres odian ó desprecian á los obreros que quieren redimirse, aceptan humildemente el yugo del patrón y le ofrecen sus puños para vencer la resistencia de los que se defienden. Si son ricos ostentan fátuamente su imbecilidad, siguen ciegamente la moda, cuando ésta no contradice su miseria psíquica, y sacan de su esclavitud armas terribles para ponerlas en manos de la autoridad.

Pero son siervos que llevan el castigo atroz de su propia indigencia, y todos hemos de hacer cuanto se pueda para redimirlos de su pena con nuestro amor.

ENRIQUE MERCADER.

Sección extranjera

ESCRÚPULOS

La noche pasada me encontraba profundamente dormido, cuando de pronto me despertó un ruido producido, al parecer, por la caída de un mueble en la pieza contigua á mi cuarto.

En aquel mismo instante el reloj dió las cuatro y el gato se puso á maullar de modo triste.

Salté del lecho y corrí á enterarme, penetrando en la habitación, que encontré alumbrada y en mitad de ella un caballero muy elegante en traje de etiqueta y condecorado, que se entretenía en llenar de objetos preciosos una magnífica maleta de cuero amarillo.

La maleta no me pertenecía, pero sí los objetos con que la llenaba, y considerando incorrecto este proceder, me dispuse á protestar.

A pesar de que no conocía al caballero, su rostro me era familiar; tenía una de esas fisonomías correctas y muy características que hacen creer que el que la posee debe ser miembro de un círculo.

El aspecto elegante y el buen humor de que parecía estar poseído me tranquilizaron, pues debo confesar que yo esperaba encontrarme ante un horrible ladrón, contra el que habría tenido que emplear actos de violencia que me son repulsivos.

Al verme el *gentleman* desconocido interrumpió su tarea y me dijo sonriendo, con ironía bonachona:

—Dispensadme, caballero, si os he despertado... No es culpa mía; tenéis unos muebles tan delicados que á la proximidad de la más ligera ganzúa caen desmayados.

Entonces me fijé en el desorden en que se encontraban los muebles; cajones abiertos, vitrinas fracturadas, un pequeño secreter en que guardo mis alhajas de familia y los valores que poseo, lastimosamente tirado en el suelo... y en tanto me daba cuenta del pillaje, el madrugador visitante con su voz de timbre agradable:

—¡Qué frágiles son estos muebles modernos! ¿Verdad? Yo creo que están atacados de la enfermedad del siglo y se sienten neurasténicos como todo el mundo...

Y lanzó una pequeña carcajada que me molestó.

—¿A quien tengo el honor de hablar?—dije algo más tranquilo.

—¡Dios mío!—respondió—mi nombre en estos momentos os causaría demasiada sorpresa... ¿No os parece mejor dejar para ocasión más oportuna la presentación, que, os confieso, á pesar de que deseo sea próxima, no me parece este el mejor momento de descubrir mi incógnito por ahora?

—Sea, caballero; pero esto no me explica...

—¿Mi presencia en vuestra casa á esta hora y este desorden...?

—Eso es... y os agradecería...

—¡Cómo! ya lo creo; vuestra curiosidad es muy legítima y voy á satisfacerla en el acto; pero perdonad; ya que vamos á hablar un momento, sería prudente que os pusiérais una bata; hace mucho frío y podéis constiparos.

—Tenéis razón... dispensadme un minuto.

—¡Pues no faltaba más!

Fuí á mi cuarto y me puse rápidamente una bata, y al volver ví que el desconocido había intentado poner un poco de orden en el gabinete.

—No os molestéis—le dije—todo eso lo arreglará mañana el criado. Le ofrecí un asiento, y sentándome yo también—os escucho—agregué.

—Caballero, yo soy un ladrón... un ladrón de profesión... ¿lo habíais adivinado?

—¡Sin duda alguna!

—Eso hace honor á vuestra perspicacia... pues sí, soy un ladrón, y si me he decidido á abrazar esta posición social, lo he hecho convencido de que era la más franca, la más leal y la más honrada de todas... El robo, caballero, y digo el robo como diría el foro, la literatura, la pintura, la medicina, etc., ha sido hasta ahora una carrera desacreditada, porque lo ejercían seres ignorantes, odiosos, brutos, gentes sin elegancia ni educación. Pues bien, yo pretendo darle el prestigio á que tiene derecho y hacer del robo una carrera liberal y honrada.

El robo es la única preocupación del hombre.

No se elige una profesión, sea la que fuere, sino con el objeto de que nos permita robar algo á alguien.

No quiero hablar mucho de mí.

Empecé en el Comercio... pero las sucias tareas que me obligaban á desempeñar, y los innobles engaños y la falta de peso, repugnaban á mi delicadeza; abandoné el Comercio por la Banca, y ésta me disgustaba también; no pude nunca acostumbrarme á emitir papel falso de las minas falsas; enriquecerse engañando á los demás gracias á la virtud de deslumbradores prospectos y combinaciones, era empresa que rechazaba mi conciencia escrupulosa, enemiga de la mentira...

Entonces pensé en el Periodismo y necesité un mes para convencerme de que á menos de entregarse á chantajes de todo género, el Periodismo no produce una peseta. Entonces pensé en la Política.

Al llegar á este punto no pude menos que soltar la carcajada.

—Eso es—dijo.—No merece otra cosa. De ese modo agoté cuanto la vida pública y privada puede ofrecer de profesiones y carreras á un joven activo, inteligente, delicado cual yo, y vi claramente que el robo, disfrazase con el nombre que quiera, es el único objeto, el resorte único que mueve todas las actividades, pero disfrazado, y por consecuencia más peligroso; entonces mi hice la reflexión siguiente: «Ya que el hombre no puede sustraerse á esta ley fatal del robo, será mucho más honroso que practique lealmente y sin disfrazar con excusas ilusorias el natural deseo de apropiarse del bien ajeno».

Desde entonces robé; de noche penetraba en las casas ricas y tomaba de las cajas del prójimo lo que necesitaba para mis necesidades. Eso, sólo me exige algunas horas todas las noches; aparte de eso, vivo como todo el mundo... Pertenezco á un Circulo aristocrático, tengo muy buenas relaciones y el ministro me ha condecorado recientemente, y cuando he dado un buen golpe soy accesible á todas las generosidades. Por último, caballero, yo hago leal y francamente lo que todo el mundo hace de un modo indirecto.

Mi conciencia está tranquila, porque de todos los seres que he conocido soy el único que ha adaptado animosamente sus actos á las ideas...

Era de día y ofrecí al elegante desconocido participase de mi almuerzo; pero él no aceptó porque estaba de frac y no quería molestarle con tal incorrección.

OCTAVIO MIRBEAU.





VICTOR HUGO

Al hacer la biografía de Victor Hugo no vamos á hacer la biografía del jefe de la escuela romántica, sino la del gran pensador, la del hombre que, después de ser un entusiasta fervoroso de la Monarquía, fué su más encarnizado adversario y el más tenaz obstáculo con que tropezó siempre Napoleón III durante su imperio.

A nuestro objeto no importan las luchas entre clásicos y románticos primero, como entre románticos y naturalistas después; miramos á los biografiados por el lado que atañe de cerca á la humanidad, y no debe importarnos el lenguaje que empleen los pensadores para expresar lo que sienten, mientras lo que digan sea la expresión de la verdad.

Durante su larga y laboriosa existencia muchísimo bueno escribió Víctor Hugo. La encarnación sugestiva que imprime en sus personajes representación fiel del tipo humano en sus diversas fases, en sus múltiples variedades; en sus defectos y virtudes, en sus vicios y deformidades, como en sus grandezas y en la pequeñez del espíritu humano, cuando la naturaleza ha impuesto el sello de la monstruosidad en el sujeto para mejor vigorizar la grandeza del pensamiento, que se cobija las más de las veces en seres deformes, patentizando que la perfección total es cuando menos un sueño en esa sociedad contrahecha que forma al individuo á su imagen y semejanza, nos hace mirar con mucha simpatía la obra revolucionaria del autor de *La leyenda de los siglos*.

Si las bellezas y grandiosidad de pensamiento de Víctor Hugo fueran expresados con sencillez de estilo y no con aquellos extensísimos párrafos y rebuscadas frases que distingue al gran romántico, su labor, con ser hoy de mucha estima, lo sería aún más, pues podrían apreciarse mejor las profundas verdades que encierra.

Debemos, sin embargo, hacer constar aquí que en él predomina siempre el

hombre de ideas, pues dice que «si amar el *arte por el arte* es bello, amar el *arte por el progreso* lo es más aún». Y nosotros, que anteponemos el fondo á la forma, aunque en busca de la belleza vamos cuando perseguimos la posesión de un ideal de amor y justicia, reconocemos en el autor de *Nuestra Señora de París* un fondo sugestivo tal en la mayoría de sus obras, que no vacilamos en darle el dictado de verdadero revolucionario, ya que su pluma, valiéndonos de la expresión de uno de sus críticos, «es el colosal empuje contra el egoísmo social, que deja persistir desigualdades monstruosas».

En todas sus obras campea el mismo afán de fustigar la maldad y entronizar la justicia. Los personajes que magistralmente describe son la característica de la sociedad, no de su tiempo, sino del nuestro también. Víctor Hugo es un genio, y sólo á los genios les es dado la facultad de crear tipos que se perpetúen en la memoria de los hombres.

Hay quien concede la supremacía de sus obras á *Nuestra Señora de París*; nosotros la concedemos á *Los Miserables*, ya que consideramos de más importancia el combatir la fatalidad de las leyes que pesa sobre los hombres y que magistralmente está tratado en esta obra, que combatir la fatalidad de los dogmas, como en *Nuestra Señora de París* magistralmente también se combate.

Quasimodo, Esmeralda y Claudio Frollo, son personajes que viven y vivirán mientras exista la lucha de pasiones encontradas entre la monstruosidad y la belleza, de las que dimanen la repugnancia y la simpatía. El ayuntamiento de lo irrisoriamente deforme con la obra más perfecta de la naturaleza, siempre encontrará la valla poderosa de la naturaleza misma, como inspirarán siempre asco y repulsión las pasiones desordenadas del cura que lleva el estigma del condenado si pretende saciar sus apetitos.

Sin embargo, el tipo de Juan Valjean, personaje representado aquí, allá y acullá en la figura del pobre trabajador que en invierno fatal no encontró trabajo, y no pudo, por consiguiente, tener pan para la familia, empujándolo la miseria al robo y luego la ley al presidio, de donde se toma sólo el billete de ida, como dice Dicenta en su *Juan José*, vivirá eternamente si no se concluye con la fatalidad que pesa sobre la humanidad de que exista para unos lo superfluo cuando para tantos no hay lo necesario. Por algo preferimos el sabor amargo que se desprende de las verdades de *Los Miserables*, que las bellezas artísticas y el fondo pasional sensitivo de *Nuestra Señora de París*.

¿Cómo recopilar aquí la verdad objetiva que hay en las novelas, en los dramas, en las obras de fondo de Víctor Hugo? ¿Cómo seguir paso á paso la vida del revolucionario del año 1830?

Nacido en Besançon el 1802, á los nueve años vino á España, pues su padre era uno de los generales que acompañaron á José Bonaparte, desempeñando elevados cargos en la corte del rey José. El poco tiempo que estuvo aquí fué con un hermano mayor pensionista del Seminario de Nobles de Madrid, del que conservaba pésima impresión por el hambre que hacían pasar á los colegiales.

A los trece años había escrito ya algunas poesías, la tragedia *Irtamene* (cuya obra no se ha publicado) y el drama *Inés de Castro*; á los quince envió á la Academia una epístola en verso sobre las *Ventajas del estudio*, que sólo obtuvo mención honorífica y no el premio á que era acreedora, sin duda por confesar en ella el autor que sólo contaba quince años.

El estilo correcto de Víctor Hugo y sus tendencias de entonces—dice un crítico—complacieron á los realistas, hasta el punto de entusiasmar á Chateaubriand, que le clasificó de *niño sublime* y fué el vehículo de su reputación. Víctor Hugo empezó siendo en sus poesías elogiador de príncipes para luego convertirse el incensario en látigo. Por ahí se verá el dominio que tiene la idea de la libertad sobre la educación, por reaccionaria que ésta haya sido.

A los dieciseis años escribió *Bug Jargal*, en la que aborda de frente asunto de tanta trascendencia como fué la rebelión de los negros de Santo Domingo en 1791, lucha de gigantes en la que se interesaron tres mundos y combatieron el de Europa y el de Africa en el campo de batalla del de América.

A los dieciocho años escribió *Han de Islandia*, obra imaginativa propia de aquella edad, pues casi toda la acción está condensada en el amor.

Sigue después *El último día de un condenado á muerte*, valientemente escrita y con verdades amargas á la sociedad que tan abominable crimen sanciona. Luego escribió *Claudio Gueux*, episodio precursor de *Los Miserables*, pues también se trata de un infeliz que en un invierno le faltó el trabajo y no hubo fuego en su tugurio: el hombre, la mujer y el niño tuvieron frío y hambre. El hombre robó, no importa saber qué, pero de ese robo resultó tres días de pan y de fuego para la mujer y para el niño, y cinco años de prisión para el hombre. En esa obra hay el defecto de que en las explicaciones de la vida carcelaria, el autor, sugestionado por su imaginación poética, se aparta muchas veces de lo que realmente sucede en las cárceles, conociéndose que ni ha estado preso ni se ha preocupado de averiguar la reglamentación carcelaria.

En 1830 escribió *Nuestra Señora de París*. Durante su expatriación escribió *El hombre que ríe*, terrible fustigazo á la aristocracia inglesa, *Los trabajadores del mar*, *El 93*, *Napoleón el pequeño*, *Historia de un crimen* y los dramas *Cromwell* y *Hernani*, que obtuvo un ruidoso éxito; *El rey se divierte* y *Lucrecia Borgia*, la primera representa la paternidad santificando la deformidad física, la segunda es la maternidad purificando la deformidad moral; *Marta Tudor* y *Marrion de Lorme*, dramas en que se demuestra que para los sentimientos lo mismo es mujer la reina que la prostituta; *Ruy Blas*, etc., etc. ¿A qué seguir enumerando? ¿Pueden contarse las estelas luminosas que llamean en el horizonte sin luz?

Víctor Hugo se paseó por todos los dominios del arte literario: es épico en la *Leyenda de los siglos*, eminentemente dramático en *Hernani* y en *Lucrecia Borgia*, gran novelista en *Nuestra Señora de París* y en *Los Miserables*, y descende hasta el libelo en *Napoleón el pequeño* y en *Los Castigos*.

Fué revolucionario con la palabra y con la pluma. Cooperó á la derrota de la popularidad de Napoleón III y anatematizó la subida de los Borbones. En todas las nobles empresas de carácter cívico fué un entusiasta campeón y un atleta fuerte. Después de haber iluminado el siglo XIX, murió en 1885.

La revolución del 40 en Francia, tuvo, entre otros, á Víctor Hugo; que la Revolución social tenga también muchas inteligencias que honren á las ideas que defienden y á la humanidad.

SOLEDAD GUSTAVO.



CIENCIA Y ARTE

FISIOLOGÍA

Una multitud de hechos fisiológicos demuestran que la sensación de fatiga tiene su asiento en los centros nerviosos, más bien que en el músculo. Cuántas veces el trabajo de éste se ejecuta sin que el cerebro tome parte; se observa que la fatiga tarde mucho más en presentarse; por el contrario, se manifiesta con tanta mayor intensidad, cuanto más vivamente se han asociado las facultades cerebrales al acto que se realiza.

Muchos movimientos son involuntarios é inconscientes: los movimientos de la vida orgánica, los latidos del corazón, los respiratorios. Todos los que se ejecutan sin la intervención del cerebro y fuera de la voluntad, no determinan jamás sensación de fatiga.

El corazón se contrae con una fuerza capaz de levantar á la altura de un centímetro en cada contracción, un peso de 40 kilogramos, y sus contracciones se repiten sesenta veces por minuto. ¿Qué miembro nuestro podría soportar durante un cuarto de hora semejante trabajo? Y otro tanto puede decirse de los músculos que dirigen la respiración. Estos hacen dieciseis movimientos por minuto y no descansan nunca; su trabajo es incesante desde el nacimiento á la muerte, sin que haga presa en ellos la fatiga.

Los músculos habitualmente sometidos á la voluntad, presentan la misma inmunidad para la fatiga cuando se contraen involuntariamente. En la contractura histérica, en la catalepsia, en el hipnotismo, el individuo, cuya voluntad no entra en juego, soporta fácilmente las suposiciones más fatigosas sin rendirse. En la corea ó baile de San Vito, se ve á los enfermos agitarse con movimientos violentos y continuos, sin un momento de reposo desde la mañana á la noche. Un hombre que tratara de ejecutar voluntariamente los mismos movimientos, debería, al cabo de poco tiempo, interrumpirlos para descansar. Sin embargo, aquellos enfermos no se quejan de experimentar la sensación de fatiga.

Así, pues, el mismo trabajo muscular que produce la fatiga, cuando es voluntario, no la produce cuando se hace fuera de la acción de la voluntad, es decir, cuando el cerebro no se asocia al acto muscular que se ejecuta.

El cerebro es, según todas las probabilidades, asiento de esa sensación, que nos lleva á interrumpir el trabajo mucho antes de venir la fatiga real del músculo. En los movimientos voluntarios, cuanto más íntima es la asociación del cerebro al acto muscular, más intensa es la sensación de fatiga. El ejercicio acompañado de una tensión considerable de la voluntad, es más fatigoso que el ejecutado sin que éste tome parte. Algunas veces, un trabajo insignificante como gasto de fuerza, produce al momento laxitud cuando se ejecuta con atención sostenida, es decir, cuando la voluntad no reposa un instante.

Un jinete que monta á la alta escuela, se fatiga mucho más en el recinto estrecho del picadero, que si franquease de ese modo una larga distancia. En el primer caso, es necesario que la voluntad presida con vigilante cuidado todos los actos de las piernas y de los riñones del jinete. En el segundo, el cuerpo, acostumbrado á la marcha del caballo, se acomoda automáticamente á las reacciones del trote, y el cerebro no interviene en el ejercicio.

Nada hay tan variable como la impresionabilidad de cada individuo á la fatiga. Los individuos muy nerviosos y muy irritables, resisten algunas veces con demasiada viveza la sensación dolorosa que acompaña al trabajo muscular, y entonces se encuentran en el siguiente dilema: ó bien se paran á la primera sensación de fatiga y se privan de la cantidad de ejercicio que les sería necesario, ó bien luchan contra la fatiga y se exponen á la reacción nerviosa que, en ellos, acompaña á todo dolor muy acentuado. La sobreexcitación nerviosa es, frecuentemente, consecuencia de la lucha de un hombre debilitado contra el malestar ocasionado por el trabajo, y obliga al médico á prohibir el ejercicio á individuos para quienes sería un precioso recurso si pudieran soportarlo.

En tales casos se puede siempre conseguir que se tolere el ejercicio; pero es preciso ingeniarse para encontrar la forma que reuna más probabilidades de ser soportada, es decir, la forma bajo que se produzca menos fatiga.

Aquí no podemos indicar más que á grandes rasgos la manera de proceder en esos casos, en que la medicación por el ejercicio exige mucho tacto y un estudio profundo de cada ejercicio empleado. Formularemos únicamente la siguiente ley:

En igualdad de trabajo muscular, la sensación de fatiga es tanto más intensa cuanto más activa intervención de las facultades cerebrales exige el ejercicio.

Por consecuencia, se debe buscar, para individuos de temperamentos muy nerviosos, ejercicios que no pidan una atención sostenida; aquéllos cuyos movimientos sean fáciles y, en lo posible, automáticos: la marcha, por ejemplo.

DOCTOR FERNANDO LAGRANGE.

Traducción de Ricardo Rubio.

GLORIA Y AMOR

En aquella hermosísima ciudad habían acumulado el fruto de su inspiración y el de su genio miles de generaciones, y los artistas del orbe iban á saturar su espíritu en el vergel artístico que componían suntuosos palacios, inmensos jardines, magníficos museos; el fondo de un cuadro cuyo marco dibujaba un sol espléndido, un cielo siempre estrellado, mujeres hermosísimas y rica campiña.

Componían la población escultores, poetas, músicos y pintores, que se vanagloriaban de ser místicos ó simbolistas, románticos ó naturalistas, decadentes ó ideístas. Los unos vestían con sencillez, los otros de modo extravagante; éstos procuraban singularizarse, aquéllos confundirse con el montón de los hombres. Luengas melenas, barbas hirsutas, rostros demacrados, ojos mortecinos, cabezas magníficas, cuerpos gentiles... de todo había en la viña del arte.

Funcionaban cenáculos, círculos y academias presididos por los artistas más renombrados. Decadentes, si vencían los del arte por el arte; ideístas, si alcanza-

ban la victoria los que del arte por el ideal habían hecho una bandera. En todas partes aquél era el asunto principal de las conversaciones. Donde llevaban la victoria los del bando primero, se discutía de noche; de día si el vencedor había sido el partido opuesto.

Los decadentes renegaban de la naturaleza, del amor, de la justicia; se burlaban de todo, y del pueblo principalmente; sonreían con incredulidad, hablaban indiferentes como el escepticismo, fríos como la muerte.

Decían que la vida no tenía otro objeto que la belleza, pero tan pervertidos andaban, que para ellos la morfina era el néctar más delicioso; el vaho del burdel, el aire más puro; la extravagancia la nota más artística; la mujer alcoholizada, la más adorable de las mujeres, y la falta de voluntad, la principal manifestación del genio. Carecían de entereza, de amores y de deseos; faltábales arrogancias gallardas, ideas frescas, entusiasmos juveniles. Sentían frío en el mes de Mayo, la luz diurna les asustaba, jamás pudieron satisfacer los deseos de una amada, ni trabajar quince minutos seguidos, ni levantarse de la cama al nacer el día. Impureza física, impureza moral, impureza intelectual, á quien la vida empujaba hacia la muerte, como el viento empuja la hojarasca hacia el recodo: ORGANISMOS QUE LA NATURALEZA RECUSABA.

* *

Los del otro bando discutían poseídos del ideal, estaban sanos, tenían querida, confiaban y creían en la redención del pueblo, y, sobre todo, en ellos mismos, hablaban á gritos como los niños y reían como ellos, ruidosa y francamente. Decían que el objeto de la vida era el amor y amaban inmensamente: á los hombres como hermanos, á las mujeres como amadas. Si miraban á la naturaleza con ojos de artista, la consideraban sabia maestra; madre bienhechora, si la miraban con ojos de hombre. A ella acudían en busca de salud y de energías para luchar y luchar en favor del ideal. Tenían en más su palabra que las mejores riquezas, y sólo la muerte hubiera logrado que no cumpliesen lo prometido. Acostumbrados á resistir las inclemencias del tiempo, habían adquirido la inmunidad del fuerte. Producían cuanto querían y lograban de su cuerpo cualquier esfuerzo. Salud física, salud moral, salud intelectual, la vida les brindaba placeres y encantos. Si la sociedad les proporcionaba adversidades, recibíanlas con la sonrisa en los labios. Fija la vista en el bien humano, subían la cuesta sin que las malezas destrozaran sus vestidos y sin dejar pedazos de ideal en manos de los postores: ORGANISMOS QUE LA NATURALEZA PRESENTA CON ORGULLO Á LAS GENERACIONES.

* *

Del Norte llegó á la ciudad un joven artista. Venía precedido de la fama y se contaban de él cosas distintas. Los decadentes le achacaban el defecto de ser ideísta; los ideístas teníanlo por ambicioso. Nosotros sabemos que Rafael quería alcanzar más renombre que el de Urbino, y que diariamente soñaba coronas de laurel y pedestales de mármol. En el gabinete de estudio, cuando haciendo abstracción del mundo solamente pensaba en sí, discurría de esta manera singular: «Yo quiero ser celebrado, que el mundo me admire, que la posteridad me honre. ¿Por qué me extremezco y lloro al leer los nombres que la humanidad venera? ¿Por qué siento en mí este afán de gloria? Es que soy de la madera de los grandes artistas.»

En verdad que era hermosísimo el cuadro que expuso al poco tiempo. Representaba la astucia y el egoísmo paseándose triunfantes sobre los cadáveres del

sabio, del artista y del obrero. A la clase dominante aquello le pareció un mamarracho; la crítica, su servidora, señaló defectos de bulto. La obra volvió al taller del autor despreciada por los que dan dinero y por los que otorgan fama. Rafael estaba desesperado. Si el lienzo salido de sus manos no era una producción maravillosa, ¿dónde estaban las maravillas? El golpe fué cruel para el artista, y algunas semanas estuvo dudando, cuando no de él, del mundo. Pasó la duda, volvió el entusiasmo, y con el entusiasmo la ambición de gloria.

La nueva obra representaba á Dios poniendo en duda la bondad de la suya. La clase dominadora se escandalizó también, pero no tanto como la otra vez, y la crítica halló en éste menos defectos que en el otro cuadro. Para aquellas gentes la verdad dirigida á las conciencias no resultaba tan amarga como dirigida al bolsillo.

Tampoco dió fama ni dinero á su autor el nuevo lienzo; pero Rafael había descubierto el secreto de la inmortalidad. Hablando de *Dios en la duda*, se habían publicado las siguientes frases: «Redimir á la humanidad es una tontería, é intentarlo por el arte, más que tontería, locura. En el mundo domina una clase y ésta no se dejará arrebatar sus privilegios por la influencia que en el populacho ejercen cuatro monigotes. El que no está con nosotros, está contra nosotros. Nuestras condiciones son éstas: protegemos á los que celebran las excelencias del actual sistema; dejamos en paz á los que hacen arte para deleitar muñecos; tenemos declarada guerra sin cuartel á esos *inocentes* que, á pesar de todo, persisten en ser revolucionarios.»

El aviso vino como llovido del cielo; otro cuadro y las censuras en alabanzas se trocarían.

En tan triste condición habían dejado á Rafael las contrariedades pasadas, que no tenía con qué comprar la primera materia de la nueva obra, de aquella que había de dar fama y provecho. Pensó casarse con una mujer, sólo porque era rica. Vendía su cuerpo; pero ¿acaso la gloria se alcanzaba sin sacrificios? No hubo necesidad de ellos. Un amigo, á quien protegía señor muy rico, prometió dinero, siempre que Rafael olvidara sus ideas disolventes y entrara en la senda trillada por las personas *honradas, sensatas y amantes del orden*. El artista halló la venta de su espíritu menos costosa que la de su cuerpo y aceptó.

Los bienhechores obtuvo un éxito ruidosísimo. Representaba á los miembros de San Vicente de Paul haciendo caridad á los presos. El cuadro alcanzó precio fabuloso y la crítica vió en el autor á un émulo de Miguel Angel. Rafael había cimentado un pedestal y tejido miles de coronas. Estaba dado el primer paso y las victorias aumentaron con las obras. Nuestro pintor fué elegido presidente de un sin fin de Academias y aclamado en todas partes como artista insigne. Antes de morir vió su nombre esculpido al mármol, y á su muerte, aquella ciudad, emporio del arte, le erigió un monumento.

Pero si Rafael se llevó á la tumba la satisfacción de los extraños, no pudo llevarse la propia. Murió con el pesar interno de no haber podido considerarse artista. Había vendido su inspiración á los postores, y desde aquel momento fué una máquina. Sus producciones eran el resultado de un cálculo, no de una emoción estética.

SON ESTOS LOS ORGANISMOS QUE EL IDEAL RECUSA.

*
* *

Lorenzo, un poeta delicado y con ideas propias, quiso visitar la Meca del arte, y al poco tiempo que tal cosa pensó, en ella se hablaba de un joven autor de profundas y hermosísimas obras dramáticas. Sus protagonistas hablaban del amor como de cosa excelsa. Decían de sublime y magistral manera, que sólo vive el que ama, que sólo el amor es vida, que la gloria, cuando se padece en vida, es una ilusión tan ficticia como cruel, y cuando viene detrás de la muerte, una tontería perfectamente inútil.

Lorenzo soñaba campos cubiertos de rosas y bosques llenos de violetas y criaturas hermosísimas. En momentos de inspiración sublime, decía con acento delicioso: «Yo quiero ser amado. Que el hombre me respete, que la mujer me ame. ¡Gloria, riquezas, honores! ¿Qué son ante una amistad sincera, ante un amor inmenso? ¿Por qué gozo y sufro, lloro y rio cuando veo á dos amantes hablar el dulce lenguaje de los ojos? ¿Por qué me siento tan feliz viendo como juegan un niño travieso y una niña angelical? ¿Por qué la tristeza se apodera de mi alma al conocer los efectos del odio humano?

Y este estado de ánimo reflejaban sus producciones.

El protagonista de una hizo la corte á la primera mujer bella que encontró á su paso, y la mujer le miró con ira. Juró amistad sincera al primer hombre con quien habló, y el hombre le miró con recelo. ¿Por qué estas dudas y estos enojos? se preguntó. Si soy hermoso, ¿por qué me niegan amor las mujeres? Si soy fiel, ¿por qué rehusan mi amistad los hombres? Procuró averiguar la causa de cosa para él tan anormal. Supo que las mujeres extraordinarias por sus encantos sólo aman á los hombres bellos cuando son héroes por sus bondades, sus arrogancias ó su valor, y procuró ser bueno, arrogante y valeroso. Enteróse de que sólo inspiraban grandes amistades los hombres de carácter noble y franco, y se propuso alcanzar tales condiciones. Cierta día se incendió un palacio de la ciudad y el personaje creado por Lorenzo, con grave peligro de su vida, sacó de entre las llamas á una joven madre y á dos angelitos suyos. Las jóvenes tuvieron á mucho precio ser amadas del héroe. Otra vez la policía quiso detener á un amigo suyo y declaró ser él el que buscaban. Desde aquel instante los jóvenes buscaron la amistad de aquel amigo fiel. Al comprender que sólo los dignos y los buenos inspiraban grandes amores y grandes amistades, procuró ser bueno y digno, y si al morir no dejó un pedestal de mármol, dejó muchos hijos que llevaban su apellido con orgullo, frutos de un goce y de un sentimiento inmensamente sublimes, muchas mujeres que le recordaban con lágrimas en los ojos y no pocos hombres que le tuvieron por modelo.

Lorenzo redimía al sér humano por el único medio que puede ser redimido: por el amor.

No buscaba gloria, buscaba satisfacciones morales, intelectuales ó físicas, y no vendía su ideal para tener el placer de gozarlo eternamente. Era feliz porque estaba satisfecho de sí mismo. Murió pobre, pero había amado y había sido amado. Había vivido la vida sublime del amor y de la idea, con una potencia y una intensidad de cuatro vidas.

ESTOS SON LOS ORGANISMOS QUE ESTIMAN LA NATURALEZA Y EL IDEAL; LA ETERNA CONJUNCIÓN DE LO BELLO CON LO BUENO.

FEDERICO URALES.



SECCION LIBRE

Con la firma de nuestro querido gerente se ha publicado el siguiente documento sobre el cual llamamos la atención de los españoles en general, y de los poderes públicos en particular.

JUSTICIA

Inocencia de los condenados como autores y cómplices del crimen perpetrado en la calle de Cambios Nuevos de Barcelona.

Satisfaciendo una necesidad de nuestro espíritu, sin otros deseos que los de beneficiar á la inocencia, libres de odios y lejos de toda imitación extranjera, publicamos esta hoja destinada á demostrar que en el proceso incoado con motivo de la explosión de una bomba en la calle de Cambios Nuevos de Barcelona, se cometió un lamentable error judicial, del cual fueron y son víctimas numerosas familias, á quienes unos cuantos seres causaron grandes amarguras y á quienes las leyes españolas deben no pocas satisfacciones.

No es el hombre de nuestros días á propósito para ver indiferente las penas ajenas, sobre todo cuando estas penas nacen de una gran injusticia. Amamos al prójimo con más intensidad que antes y reunimos condiciones para preocuparnos de la víctima y beneficiarla á nuestra costa, si, como ocurre en el caso presente, está exenta de culpa.

Conocida del mundo entero es la historia de tan triste y funesto proceso, y conocidos son también los procedimientos inquisitoriales puestos en práctica en su tramitación. No reseñaremos aquí, pues, lo que, en desdoro de España y en menoscabo de la civilización, conocen y condenan hasta los niños de las naciones civilizadas.

Desdicha grande para los espíritus cultos representa el martirio y la muerte de un inocente, y gran pesar deben sentir los que la causaron, si de tal consuelo son dignos. Pero ¿quién es capaz de devolver las vidas que arrebataron la repugnante crueldad y el maldito fanatismo encarnados en la persona de un juez y de un policía? Por la honra de las familias de los cinco condenados á muerte, por los que tuvieron la suerte de escapar á la locura sanguinaria de los modernos inquisidores,

por sus esposas, por sus hijos, por sus madres, por las lágrimas de tanto ser querido, por la belleza de la justicia, por nuestra ofendida dignidad de hombres, por todas estas cosas tan santas y tan justas, escribimos.

Ningún interés hay superior al de la justicia. Jamás conveniencia social alguna deberá impedir que los reclusos indebidamente recobren la libertad. ¡Ay de los pueblos que tengan en más el prestigio de la autoridad que el de la justicia! ¡Ay de las naciones que someten la vida y la libertad de los ciudadanos al abuso de los jueces! Aquella que lo permitiera tendría contados sus días como país civilizado y como pueblo independiente.

Leed y temed por España si tan grandes faltas no hallan reparación. No ya las colonias, la propia nacionalidad perderemos si no sabemos asimilar nos aquellas conquistas que á la moral universal se refieren y que constituyen la vida política de los pueblos modernos, si la justicia española ha de ser representada por aquellos elementos que la representaron cuando era patrimonio del asesinato y de la tortura.

Analícemos ahora el proceso de Cambios Nuevos y procuremos que, en bien de todos, se haga justicia.

*
* *

Tomás Ascheri, convenientemente interrogado, declaró que á las dos de la tarde del día 7 de Junio de 1896, cargaba la bomba causa del proceso de referencia, en casa de Antonio Nogués, ayudado por éste y por José Molas, lo que confirmaron también, después, Nogués y Molas *interrogados con igual habilidad*. Cargada la bomba, de ella se apoderó Ascheri envolviéndola en un papel, dándole la forma de una botella y dirigiéndose al teatro de la Gran Vía á donde había de acudir Francisco Callís. A las seis, en vista de que éste no comparecía, se dirigió Ascheri solo al encuentro de la procesión colocándose en el portal de la Fonda de Mataró, sita en la calle de Arenas de Cambios. Desde dicho punto y cuando había pasado la custodia, *creyendo que seguían las autoridades, á las cuales Ascheri no debió ver, á pesar de que iban delante y del tiempo que se tomó para ir en busca de la procesión*, entreabrió el papel que envolvía la bomba, pegó fuego á la mecha y arrojó el explosivo á cierta distancia. Hecho esto, Ascheri se dirigió á la Plaza de Palacio desde donde oyó el estruendo que produjo la explosión, subió al tranvía que conduce á la Plaza de Cataluña y después al del Paseo de Gracia, llegando á su casa á las nueve y veinte minutos de la noche, poniéndose á cenar tranquilamente.

De que esta es la base del proceso, de que así consta en el sumario pueden dar fe los ochenta procesados que quedan con vida, los que fueron sus defensores, el tribunal sentenciador y los periodistas de Barcelona y corresponsales de los periódicos de Madrid que correspondieron á la invitación del juez Marzo cuando los congregó en su despacho de la Capitanía General de Barcelona la noche del día 7 de Septiembre de 1896 para que copiaran una memoria sacada del proceso «que contenía en extracto (1) los más importantes datos del sumario, los cuales eran revelados á la prensa, porque asegurada la terminación de la causa, el Capitán Ge-

(1) Habla *La Publicidad* de Barcelona del día siguiente, esto es, 8 de Septiembre de 1896, edición de la noche, al publicar, como todos los periódicos de Barcelona y algunos de Madrid, la copia de dicho documento.

neral; señor Despujols, levantó la orden de reserva absoluta que antes había dado y que al pié de la letra cumplieron los que en esta causa han intervenido.»

Pues bien, sepan los españoles, sepa el mundo civilizado y avergüéncese de ello: lo que declararon Ascheri, Molas y Nogués **NO ES VERDAD.**

¿Cómo y por qué lo afirmaron no siendo exacto y pudiendo sospechar que les costaría la vida? El corazón se extremece, las lágrimas acuden á los ojos de toda persona de sentimientos humanitarios al pensar en los horribles medios que se pusieron en práctica para que á sí propios se acusaran y acusaran á los demás, de un delito que no habían cometido.

¡Que no habían cometido, hemos dicho! Hé aquí la prueba:

Tomás Ascheri, estuvo toda la mañana del domingo día 7 de Junio de 1896 en su casa, (Gracia); *comió á las dos de la tarde* en compañía de un individuo llamado Torrents y de dos hijas de éste, menores de edad; de un panadero llamado Pedro Carreras; de Luis Mas, á quien volvieron loco por medio del tormento; de Francisca Saperas y de las hijas de esta, Salud Borrás de 20 años, Mercedes Borrás de 17 años, Antonia Borrás de 18 años, María Borrás de 15 años y otra hermanita de 8 años; no habiendo salido de su casa Ascheri hasta las tres de la tarde.

Antonio Nogués, á la una menos cuarto de la tarde del domingo día 7 de Junio de 1896 entraba en su domicilio; *poco antes de las dos* se puso á comer en compañía de su mujer é hijos, y del inquilino que habitaba el mismo piso, Antonio Ceperuelo; la mujer é hijos de este. *siendo visitados á las dos y media de la tarde*, y mientras comían, por una hermana de Antonio Nogués, pudiendo afirmar, así como Antonio Ceperuelo, su mujer y la de Antonio Nogués, que no vieron á Tomás Ascheri ni á José Molas, ni Antonio Nogués se separó de ellos hasta las tres y cuarto de la tarde que salió para ir á tomar café.

José Molas, *pasó todo el domingo día 7 de Junio de 1896* en su domicilio arreglando unas macetas de flores con las cuales quería adornar la galería de su piso, como pueden atestiguar su prima María Molas, que vivía con él, los hijos de ésta, de suficiente edad para poder declarar, y una vecina llamada Agueda Abella.

Queda, pues, demostrado *que á las dos de la tarde* del domingo día 7 de Junio de 1896, Tomás Ascheri, José Molas y Antonio Nogués no podían *estar reunidos cargando la bomba* que á las ocho y media de la noche explotó en la calle de Cambios Nuevos de Barcelona, como consta en el sumario y declararon los interesados obligados por el tormento.

*
**

Demostremos ahora que Ascheri no fué el autor del crimen por el cual se le condenó á muerte.

Tomás Ascheri, el domingo día 7 de Junio de 1896, salió de su casa á las tres de la tarde, regresando á su domicilio á las siete y media de la misma al objeto de cenar á las ocho, como tenía por costumbre. Esperó á que llegara Pedro Carreras, el cual vivía con Ascheri, ambos en calidad de huéspedes, de Francisca Saperas, y viendo que aquel tardaba demasiado, Ascheri cenó en compañía de las personas antes citadas que comieron con él, menos Torrents y el nombrado Carreras. Esto llegaba al domicilio de la Saperas, ó sea al de Tomás Ascheri, de nueve y media á diez menos cuarto de la noche, pocos momentos después de haber salido Ascheri, pues según pueden atestiguar Francisca Saperas y sus cinco hijas, Ascheri sa-

lió de su casa á las nueve y media de la noche. Por manera que Ascheri estuvo en su domicilio de Gracia, situado á más de cuatro kilómetros de distancia de la calle de Cambios Nuevos de Barcelona, *desde las siete y media hasta las nueve y media* de la noche, y es, por consiguiente, un imposible material, de lugar y de tiempo, que fuese el autor de la bomba que explotó en dicha calle de Barcelona á las ocho y media de la misma noche. Y si Tomás Ascheri, José Molas y Antonio Nogués eran inocentes del delito que se les imputó, ¿qué no serán los 22 condenados como cómplices suyos?

Las personas que hemos citado como testigos, niñas, niños, mujeres y hombres, están dispuestos á declarar ante un tribunal que sea garantía de justicia y cuando el gobierno de España demuestre, con hechos, que los causantes de tanta desgracia no puedan constituir un peligro para las personas honradas. Y si faltasen testigos, nosotros declaramos, bajo la fe de una palabra que jamás ha mentido, haber visto en el propio castillo de Montjuich á los martirizados por Portas, con la aquiescencia del juez Marzo, Juan Bautista Ollé y Francisco Gana, cuando aún, por efecto del tormento, parecían cadáveres, y declaramos también haber oído de labios de José Molas, cuando estaba en la cárcel de Barcelona, antes de subirlo al castillo, lo que respecto de su inocencia afirma María Molas; y si el pundonoroso capitán de caballería, señor Morales, defensor de Antonio Nogués, que llamó á Portas cobarde y asesino durante las sesiones del Consejo de Guerra no hubiese muerto con caracteres que sólo presentan los que mueren asesinados, ó si su entereza y dignidad fuese imitada por otros defensores, particularmente por aquellos que defendieron á los martirizados, la justicia encontraría testigos de valía, aunque para el caso concreto de la inocencia que se persigue en esta hoja, no lo fuesen tanto como los citados, porque es imposible atestiguar mejor la inculpabilidad anunciada de lo que lo hacen esos niños inocentes y esas débiles mujeres, *con los cuales no se puede preparar una coartada que quedaría descubierta á la menor habilidad del juez más inexperto.*

No faltará quien se extrañe de que un juez y un policía de la condición de los que han intervenido en esta causa, dejasen su obra tan al descubierto, cuando han demostrado no pecar por carta de menos. Advertiremos nosotros, lo que puede haber notado cualquiera: que esperaban cubrirla matando á 28 inocentes, condenando 57 á cadena perpetua, deportando á Río de Oro á los restantes presos y sembrando el terror más de lo que permitió el mismo gobierno español. Testigo hay de los citados en esta hoja que pidió permiso para hacer declaraciones en favor de la inocencia de Ascheri y le fué denegado, como muchos otros extremos perfectamente legales. El fanatismo y el rencor perturbó la inteligencia de los que confeccionaron esa vergüenza nacional que se llama proceso de Montjuich. Nunca pudieron sospechar que víctimas tan humildes, encontraran defensores tan tenaces,

La justicia escarnecida, el respeto á los sentimientos humanos, heridos de modo tan cruel en Montjuich, demandan la libertad de los desgraciados obreros que fueron condenados como autores y cómplices del crimen de Cambios Nuevos, mientras autoridades dignas y *nada sospechosas* procuran averiguar á los verdaderos autores de aquel vandálico hecho.

No somos nosotros los llamados á descubrirlos, ni nos mueve otro móvil que el de libertar á los inocentes condenados; pero ya que las circunstancias nos han colocado en una situación especial dentro de este asunto, ofrecemos al juez á cuyo

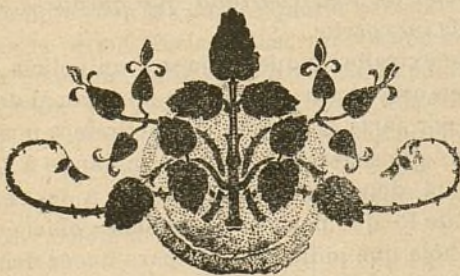
cargo corre la revisión del proceso de Montjuich, documentos que pueden facilitar el descubrimiento de los verdaderos culpables del crimen de la calle de Cambios Nuevos.

Ahora sólo nos resta pedir á los españoles todos, á la prensa por amor á la verdad, á los intelectuales por respeto á la personalidad humana, impulsen hacia la justicia á los gobiernos que para administrarla no les basta lo que previenen las leyes, ni lo que repugna á las conciencias: necesitan que una fuerza se ponga de lado de la víctima, si la víctima es débil. Que España entera pida, de modo que se le oiga, la libertad de estos inocentes y la revisión del proceso de Montjuich, segura como está de que, haciéndolo así, ha de servir á la inocencia y á la justicia. Por nuestra parte decimos, sin jactancias de ninguna clase, que estamos dispuestos á prestar nuestra cabeza á Marzo y nuestro cuerpo á Portas, si lo hace necesario el ideal de la justicia y la indiferencia de unas autoridades que amparan, no á los justos, sino á los fuertes.

Si todos cumplimos con nuestro deber, el triunfo será de la justicia. De antemano damos las gracias á los que á ella contribuyan. El crimen que se cometió en Montjuich no tiene precedentes en la historia contemporánea, pero así y todo, si nosotros pudiésemos llevar la voz de las víctimas, lo desdeñaríamos y perdonaríamos á los criminales.

De todos modos, y sea cual fuere el resultado de esta hoja, no desviaremos la vista del ideal de justicia y seguiremos nuestro camino hasta vencer, porque tenemos la voluntad de los vencedores, ó hasta sucumbir, porque no cejaremos jamás.

FEDERICO URALES.



Lectores: La victoria sigue á la fuerza; fuerza física, fuerza moral, fuerza intelectual. Si queréis que vuestras ideas imperen, procuraros fortaleza, saber, salud, y ofrecer después esta fuerza al ideal.

Lectores: Si queréis amar vuestra existencia y la de vuestros semejantes; si queréis tener ideales y amores é hijos fuertes y sanos, huid del aire enrarecido, poneos en contacto con los agentes naturales en cualquier época del año.

Lectores: Si no queréis caer en el misticismo embrutecedor, que desdeña la vida, que busca el martirio y reniega de los goces, cuidad vuestro cuerpo con esmero.

Lectores: Si queréis ser enérgicos, buenos é inteligentes, no probéis bebidas alcohólicas.



TRIBUNA DEL OBRERO

SIEMPRE ADELANTE

II

El cristianismo no fué, después de su victoria, lo que antes era. Sus enseñanzas de paz se trocaron en laureles de los que Constantino alcanzó venciendo á Maxencio y á Licinio, á cuyos estruendos de las armas y choques guerreros enmudecen los tribunos; la palabra mágica de dos apóstoles no resuena ni la humanidad aprende en ella; por doquiera se levantan los castillos feudales, derrumbados todos en una noche célebre, con sus altas almenas destinadas á horcas del pobre siervo de la gleba. Parece que no hay redención posible y el poder del diablo ha vencido al poder de Dios en la tierra, sentándose Luzbel en su trono. Ni una idea, ni un destello de la luz del Evangelio llega al pueblo: el diablo reina; Gregorio VII, la impenetrabilidad, el absolutismo, la intolerancia; las excomuniones llueven como fuego del maldito averno sobre reyes, príncipes y pueblos. Pero llega el siglo xv y restáurase en el mundo el platonismo al ser sustituidas las letras de piedra de Orfeo por las de plomo de Guttenberg. Y al aparecer ese maravilloso invento, que es el mayor lucero de la historia, como le ha llamado Victor Hugo; al hacerse el pensamiento alado y llenarlo con su espíritu creador todo, desde entonces acá, los hombres todos, los filósofos todos, los pensadores todos... los luchadores todos y en todas las esferas, no pensamos más que en emancipar al mundo del yugo aristotélico.

Grecia fué la cuna donde se mecía toda la civilización, y de su cerebro portentoso brotó la idea que tarde ó temprano ha de redimir al mundo.

Y mirad, notar esto: Grecia, sepultada por la oleada de los déspotas y conquistadores, no ha desaparecido. Mirad sus estatuas yacentes bajo el polvo de los siglos y no quedar nada en pie del maravilloso arte de Fidias, todo ha desaparecido; pero lo que no ha podido desaparecer, lo que no ha podido extinguirse, porque esto sí que no puede morir jamás, es la idea y el genio creador de los helenos. Y es que no ha bastado Filipo y Alejandro; no ha bastado uno ni cien Napoleones para matar y enterrar la idea republicana y libre del hombre.

Buscad los restos de Alejandro y no los encontraréis, aunque remováis el globo entero; mas removed el polvo de las edades y buscad á Grecia, y la encontraréis resucitando y entrar en el concierto de los pueblos civilizados. Ved á Napoleón muerto por toda la eternidad con las maldiciones de todo el género humano y la eterna reprobación de la historia, y ved á la República que arrebató á la Francia viva, triunfante, esplendorosa y mil y mil veces bendecida por toda la humanidad.

Pues si la historia, con sus revelaciones todas nos prueba que la idea y el principio del bien sobrevive á las obras de los déspotas; si la filosofía y la verdad destruyen la mentira y el error, como la luz á las tinieblas; si la palabra de Cice-



rón en la defensa de Roscio resuena aún en todo el orbe, y la dictadura de Sila ha muerto para siempre entre las maldiciones apocalípticas de aquellas ocho mil víctimas inmoladas en un solo día en el Campo de Marte; si el genio de Bruno y de Dolet existe y con él mora Dios, el bien y la verdad en la tierra; si Prometeo ha roto sus cadenas, tocándole á Themis en los ojos para darle luz; si el progreso y sus leyes son inmutables é infalibles y no hay fuerza alguna que pueda detener su marcha, ¿cómo, pues, hemos de desesperar nosotros de amarlo y de esperararlo ya perfecto dentro de la existencia del planeta y de la humanidad? ¡Ay!... Que nuestros ojos no verán esto ni nuestros corazones sentirán esa paz dichosa. ¿Pero qué importa? Seguiremos impertérritos sin dejar de cumplir un solo momento la ley del progreso, convencidos del día en que, destruido el error y el mundo infernal, los hombres todos de la tierra se unirán en la gran confederación de pueblos, de lenguas y de razas para cantar una especie de *Te Deum* inmenso, un *Magnificat* glorioso al triunfo del progreso y á la llegada completa de la libertad.

AURELIO MUÑIZ.



LOS ANARQUISTAS Y EL CRIMEN DE LILLE

La prensa nacional y la extranjera, háse ocupado del hecho anatematizándolo como es justo. Algunos periódicos, casi todos conservadores, y entre ellos *El Noticiero Bilbaino*, lo han hecho en la forma que sigue:

«En Lille primero y en París después ha habido graves alborotos, fomentados y dirigidos por elementos anarquistas, contra la religión y sus ministros, á causa del crimen cometido en aquella ciudad.

Sea quien fuere el autor del infame asesinato nada justifica ni disculpa la brutalidad de que están haciendo gala las turbas francesas. El crimen de un hombre que pertenezca á esta ó la otra institución, no debe caer sobre la colectividad. La traición de un soldado, ¿mancha á todo el ejército? La venalidad de un juez, ¿á toda la Magistratura? La ignorancia de un profesor, ¿á todo el profesorado?»

Por esta vez ¡quién lo dijera! estamos completamente de acuerdo con la prensa, que intenta amparar las comunidades religiosas con un poquito de lógica, pero ¿hablan siempre de igual manera los periódicos conservadores? Si estimaran en algo sus frases de ayer, hoy habrían de decir: La pena á que se haya hecho acreedor ese monstruo de liviandad ha de aplicarse á todos los ministros de la religión á que pertenecen. La cordura que estos periódicos reclaman hoy de las turbas francesas ¿la tuvieron ellos cuando de anarquistas se ha tratado?

No todos, uno solo había delinquido y, sin embargo, los que hoy piden sensatez, tolerancia y con muchas reticencias, el castigo de un individuo que pertenece á determinada secta, pidieron antes el exterminio de todos los que sustentaban las ideas anarquistas porque un anarquista faltó á la ley.

Cuando se comete un atentado, muchas veces impropriamente llamado anarquista, de los cuales ni uno tiene el carácter de satisfacción brutal de la bestia humana, como el que ha cometido ese hermano de la Doctrina Cristiana, la prensa, ó buena parte de ella, desempeña el mismo papel que ahora tanto censura, y, por lo tanto, está por completo desautorizada para exigir á los demás lo que ella jamás tuvo. Su papel en gracia á la lógica, á la seriedad de la profesión y en honor á las buenas formas debería ser el de pedir una ley de represión contra todos los curas, frailes, monjas, jesuitas y, en general, contra todos los que hubiesen hecho voto de castidad, como la pidieran antes contra todos los anarquistas.

Dejando el asunto concreto del crimen de Lille diremos que los religiosos por su ignorancia, por su falta de amor y por los actos criminosos á que puede dar lugar el escarnio que hacen de las pasiones son indignos de dirigir la inteligencia de la niñez.

Ya que se permite la aberración del celibato, debería evitarse que la inocencia fuese víctima de aquella ofensa á natura. Ya que voluntariamente se reniega del mundo, de la carne y del amor humano, debería evitarse que los que maldicen cosas tan santas, las mancharan con sus aberraciones.

JUAN MONTSENY.